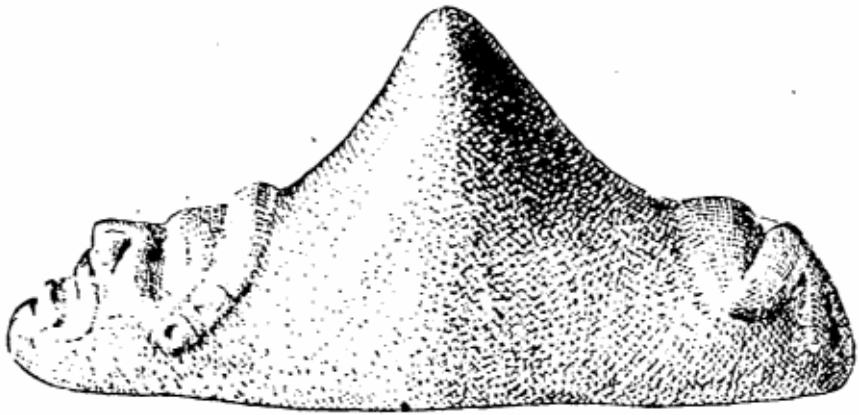


Sadí Orsini Luiggi

Canto al Cemí



(Leyendas y Mitos Taínos)

CANTO AL CEMI

(Leyendas y Mitos Taínos)



INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA
SAN JUAN DE PUERTO RICO

1974

Depósito Legal: B. 38.278 – 1974

Printed in Spain Impreso en España

Industrias Gráficas M. Pareja - Montana, 16 – Barcelona

I

INTRODUCCION

La investigación de la mitología es sin lugar a duda uno de los más notables descubrimientos intelectuales de nuestra época.

Lo que antes ha sido más bien un juego de memoria o — en el mejor de los casos — un estudio de tipo de anticuario, se ha cambiado en un saber esencial sobre el Hombre, sus estratos primordiales, pronunciamientos de interés universal sobre la “existencia humana”.

Es el Segundo Humanismo, el de los grandes poetas alemanes, como Goethe, Schiller y Holderlin, al que hemos de agradecer un nuevo modo de acercamiento a los mitos. En sus vidas, en sus poesías, el mito representa muchísimo más que simple adorno poético, metáfora o símil.

El Prometeo, la Helena, las Madres entre las expresiones poéticas de Goethe, los grandes poemas de Schiller como su "Buena suerte" (Gluck) o su “Los dioses de Grecia”, y también las visiones de Holderlin sobre la Noche en “Pan y Vino” o sobre Apolo y Heracles en varias de sus poesías, nos transmiten un esencial saber acerca del hombre —un tipo de saber, que ni las religiones reveladas ni las filosofías nos hacen accesible, sino precisa y exclusivamente los mitos.

Es de comprender cómo se había enriquecido ese saber durante los decenios del Romanticismo. Mítico ha sido el camino por el cual llegó el hombre en el tiempo de esos Renacimientos nacionales a los orígenes de su propia raza, su lengua —a su ser peculiar. Había de llegar dentro de

poco tiempo una nueva generación cuyo afán será — después de dichos antecedentes poéticos — abrir el mito, la mitología, y más aun: las mitologías ante la especulación filosófica y la investigación científica.

Los filósofos románticos dieron el primer paso; tras ellos surgieron los representantes de una generación de notables sabios. Cabe, entre ellos, mencionar al suizo Jacobo Burckhardt. Fue él quien en el magistral capítulo sobre el mito en su “Historia de la Cultura griega” había puesto los fundamentos a toda clase de investigación de rango intelectual y rigor científico sobre el mito. Desde Burckhardt es directa la línea que conduce hasta nosotros, modestos investigadores de hoy de la mitología.

Los resultados de Burckhardt los profundizó por el camino de un método filológico de gran saber y notable comprensión el alemán Walter Friedrich Otto. Su hermosísimo libro, cuyo título compite el del gran poema de Schiller, “Los dioses de Grecia”, hizo volver —científicamente accesibles— a la existencia del hombre moderno, las deidades de la antigua Hélade. Una serie de brillantes figuras desfila frente a nuestros ojos: en forma de grandes retratos reconocemos a Palas Atenea, Apolo, Artemisa, Hermes y Afrodita.

La visión de W. F. Otto ha sido profunda, pero estrecha. Se limitó, con aristocrática exclusividad, a los griegos. Su mucho más joven amigo, Carlos Kerényi, por su posición cultural entre Occidente y Oriente — pues es húngaro —, logró ampliar tanto el método como la visión de W. F. Otto. Su obra — la de Kerényi — es, en lo esencial la fundamentación de una mitología comparada de mayor envergadura. Unos hermosísimos estudios de Kerényi quedan dentro del círculo de temas señalado por Otto, y tratan exclusivamente de lo griego. Pero para el futuro de nuestra ciencia recobrarán quizás más importancia toda vía aquellos estudios suyos. en los cuales compra por ejemplo al “Niño divino” griego (Apolo, Diónisos, etc.) con “niños divinos” de otras mitologías, polinésicas, ugro-fínicas, etcétera. Una obra suya, el interesante libro sobre ‘el pícaro divino’, toca temas de comparación

entre el mito griego y el de la América indígena Y aquí está el lugar adecuado para hablar sobre el libro que tenemos entre manos, y de su autor.

Sadí Orsini Luiggi, estimado discípulo mío, entendió desde un principio las grandes posibilidades que ofrece para los temas de su interés peculiar el método comparativo. Orsini nos cuenta, en este libro. “leyendas y mitos taínos” y lo hace de la única manera como cabe contarlos: dentro de su propia atmósfera, sin entremezclarlos de modo científico o cientifista con otros mitos cuya narración requiere otra atmósfera. Así guardará su re-narración ante los ojos del lector moderno el “crédito épico”. Aquí se trata —por supuesto— del lector moderno, pues para él está escrito este libro y no para los taínos de un remoto entonces. Por consiguiente, la narración debe estar dirigida hacia su interés y hacia su entendimiento, sin alterar, no obstante, el carácter y —recaemos una vez más en esta expresión— la atmósfera de los originales que el autor había encontrado en sus fuentes. La ordenación de los temas es así mismo una señal del intelecto consciente del autor moderno. En ella y en la presentación de los mismos reside escondido su método. Y ha de ser así. Malo es aquel libro — máxime un libro de mitos— en que su método se manifiesta a la primera vista, como un edi[icio que tuviera sus sostenes y andamios. No; el método es bueno cuando obra escondido, como en este caso o como en el caso de la re-narración de los mitos griegos de Carlos Kerényi, quien por intermedio del autor de estas líneas, llegó a ser maestro de mi discípulo, Sadi Orsini, también.

El vocabulario y la bibliografía demuestran suficientemente el interés, saber y orientación de Orsini en su materia. Aconsejamos leer con cuidado y atención su Introducción para este libro: ella nos introducirá realmente al tema del mito, al tipo y el modo de su investigación y a la re-narración misma de las “leyendas y mitos taínos” de Sadí Orsini.

Río Piedras.
Miguel de Ferdinandy

II

EL AMANECER DE LOS DIOSES

LA CREACION DE YUCAJÚ

Este es el principio de los mitos y leyendas taínas.

Luego pues, esta era la religion taína de los hombres de la isla de Borinquén.

He aquí parte de su cultura. Este es el relato de cómo nacieron sus dioses.

Todo era desierto. El vacío imperaba. Las esferas daban vueltas monótonamente sin nada que les diera sentido.

El cielo estaba dormido. Todo estaba dormido. Nadie había osado sacarlo del profundo sopor en que estaba por siglos.

La tierra estaba deshabitada como los demás cuerpos celestes.

No habla Sol ni Luna. La oscuridad y el silencio envolvían los movimientos de los cuerpos astrales. No había noche ni día.

No había peces, coquíes, pájaros, cucubanos, árboles, higuacas, ni agua; pero había firmamento.

Y más allá del firmamento sólo existía Atabei. Ella creó el cielo, y no le preocupó el poblarlo. Muchos siglos pasaron antes de que Atabei se diera cuenta de que algo faltaba en aquel espacio oscuro, lleno de tinieblas.

De manera que de Atabei nacieron Yucajú y su hermano Guacar. Los formó de los elementos mágicos e invisibles del espacio.

Atabei ya tenía a quien confiar la creación. Su hijo Yucajú formarla lo que faltaba. Atabei estaba regocijada. Ahora su hijo preferido seria el supremo arquitecto del universo, morando en el bello azul.

Yucajú meditó entonces, mientras su mirada se enseñoreaba por el cielo. Luego, la tierra fue creada por el Supremo: "Tierra" dijo, y despertó la tierra de su sueño.

Y viendo Yucajú la belleza de la tierra y una gran cueva que se había formado en ella, habló: "Salgan de ti Boinael y Maroya para que irradian luz sobre la tierra de día y de noche".

Brillante salió Boinael en aquel instante supremo, dispersando sus rayos por encima de las montañas. Y las montañas se tornaron verdes con sus árboles y plantas.

Llegada la noche, salió entonces Maroya revestida con su traje de plata y su radiante melena, Y la luna esparció las tinieblas. Disipó la oscuridad para siempre. Y la luna rió y rió largo rato porque proyectaba sombras y hacía refulgir la tierra.

Desde entonces Boinael y Maroya durmieron en la cueva para descansar de sus labores.

De manera que Yucajú se sintió contento con la creación del sol y la luna. Pero Guacar, el hermano de Yucajú, al ver las grandes cosas que éste hacía, se retiró enfurecido a algún lugar oculto del firmamento, desconociéndose todavía su paradero. Aunque a mí me parece que se convirtió en Juracán para que nadie lo reconociera.

Y Yucajú, habiendo creado a Boinael para que alumbrara el día, y a Maroya para que fuese la diosa de la noche, dio vueltas por el cielo, por el turey que estaba vacío, buscando alguna obra más que hacer. Y viendo cuatro piedras preciosas que estaban sobre la tierra, las puso en el azul para que, revestidas de poderes celestiales, guardasen también la tierra. Por nombre les puso Racuno, Sobaco, Achinao y Coromo. Y ya en el cielo estas estrellas se reprodujeron hasta los confines del universo. Sirviendo de guía a los dioses.

Luego, terminó Yucajú la formación de los animales y los pájaros y sus moradas en los árboles y en las cuevas.

Vio, entonces, que lo creado se manifestaba en todas sus formas. "Ustedes habitarán en los bosques, en los árboles

y haréis nidos”, dijo Yucajú. Y los pájaros revoloteaban contentos.

Pensó después Yucajú que alguien debería vivir sobre la tierra que no fuese animal completo y que tampoco fuera una deidad. Y meditó profundamente como jamás lo había hecho. Deseaba formar algo sublime.

Entonces el primer hombre fue formado y la primera alma, su jupía. De un rotito del cielo, de una pequeña apertura que abrió Yucajú en el firmamento, de ahí lo sacó. Lo llamó Locuo y el hombre, sentimental y bueno, embriagado de tanta belleza, recorría las montañas y los valles desde la aurora hasta el crepúsculo cuando se acostaba a descansar.

Ya todo tenía un propósito de vida. La tierra había sido dada al hombre para que éste la gozara.

Locuo se sintió alegre, muy alegre, y sonreía inocentemente, embebido ante la maravillosa naturaleza a su alrededor. Se arrodilló y con las manos tendidas al cielo dio gracias a su Dios, llegando entonces las palabras y dijo:

“Yucajú, Yucajú, eres grandioso y bueno”. Y Yucajú también se sintió contento porque sus obras le agradaban al hombre.

Y aconteció que Locuo, viendo que las cosas eran bellas y tenían lujo de colores, sacó pinturas a las plantas las flores para diseñar formas sobre su piel bronceada que resplandecía. Ahora el mundo seguía su rumbo con mayor armonía.

Pero cierto día Yucajú se dio cuenta de que algo andaba mal por la tierra: que las fuerzas del viento eran muy libertinas por momentos. Que mientras él creaba armonía, algo desataba por otro lado los vientos destructores. Y pensó entonces que ello podría ser causado por su hermano rebelde, quien también poseía grandes poderes divinos. Trataba Yucajú de averiguarlo, mas nunca podía, pues Juracán, su hermano, se escondía a tiempo para no ser reconocido. Misterioso e iracundo era Juracán Su furia se desataba sin importarle en nada la creación.

Ahora Locuo estaba a merced de un dios desconocido, que era maligno y aparecía de momento tumbando su bohío, destruyendo a diestra y siniestra.

¡Pobre Locuo! Ahora su vida estaba llena de preocupaciones, de miedos que a él se le hacía difícil dominar a no ser que consultara con el supremo Yucajú. Ya no podía disfrutar tanto de la belleza. Ahora vivía bajo el temor de que lo atacara Juracán, el poderoso destructor que acechaba misteriosamente. A Juracán habría que hacerle un cemí, un terrible dios de piedra.

LAS JUPIÁS

Por las noches se oían las voces misteriosas de las jupías de los muertos. Yucajú le dio a cada hombre un alma que prevalece después de fallecido el cuerpo.

Son los espíritus que recorren los poblados cuando todos están dormidos y penetran por las ventanitas de los bohíos, ayudando o dando consejos. Eran irradiaciones de Yucajú que se comunicaban con los vivos anunciándoles alguna tragedia que habría de ocurrir a algún pariente o amigo.

Son buenas las jupías. Se les llamaba maboyas cuando se dedicaban al mal, cuando eran instrumento del temible Juracán.

Por eso las jupías se preocupaban por ayudar a sus parientes y amigos, para que las maboyas no les hiciesen daño.

La jupía del difunto se iba al Coabey, el mundo de ultratumba o paraíso de los muertos donde dormía de día, reposando, y de noche, cuando los taínos estaban sosegados en sus hamacas, salían a comer las frutas silvestres y plantas dulces del campo; jugaban con los coquíes entre los yerbajos y se paseaban por las verdes campiñas.

Maquetaurio Guayaba fue la primera jupía en ir al Coabey.

Cuando Yucajú lo puso en el Coabey aquél creyó que siendo el primero podía imponer su voluntad sobre las demás jupías. Así pues, a medida que iban llegando jupías él las iba encerrando en el lugar durante el día, soltándolas por la noche, para que se divirtieran y jugaran a su gusto.

Las jupías tenían envolturas mortales. Es muy raro que hoy en día no se las vea caminar por los corrales o por las casas de los pueblos.

Yo sé de personas que alegan haber visto espíritus como las jupías. Que los llamen ahora con otro nombre eso es cuestión del tiempo que cambia las cosas sin casi darnos cuenta.

Lo que si sé es que las jupías ayudaban a proteger a sus familiares y amigos, dándoles Yucajú, esos poderes sobrenaturales en bien de las comunidades taínas.

JURACÁN

El perverso Juracán, el temible dios del mal, sembraba la destrucción. Desaparecía por momentos pero cuando menos se pensaba aparecía con mucha furia y coraje. Le agradaba hacer matanzas por los yucayeques de la isla. Hay quien dice que Juracán desencadenó hace siglos un tremendo movimiento de la tierra que hizo temblar los cuatro puntos de la esfera. El cataclismo era uno de sus juegos preferidos. Yucajú abrió la tierra del continente americano en muchas partes. De allí se formaron las Antillas. El estruendo y la inundación del mar separó muchas familias. El terror abundó por doquier. Muchos tomaron sus canoas y escaparon a lugares internos en las montañas. Pero muchos perecieron. La muerte reinó por todos los yucayeques. Después vinieron tiempos mejores en que Yucajú aplacó la sed fatalista de Juracán alejándolo de sus dominios.

Traicionero era también Juracán, ayudando a los caribes en muchas de las batallas que libraron contra los taínos. Poderoso era Juracán. Mató a caciques taínos en varias guasábaras. Se puso de parte de los caribes. Nadie escuchaba al brujo. Yucajú los había abandonado. Era un castigo de Yucajú. Pero días después el supremo Yucajú escogió otro cacique. Esta vez más fuerte; y los taínos pudieron rechazar los ataques de los invasores.

¡Guay! Cuidado con Juracán pues acecha dentro de la mar y la hace enfurecer cuando desea, evitando la pesca.

¡Cuidado! Pues ha puesto allí los temibles tiburones que atacan fieramente. Las nubes en crespones se aunaban por momentos. Ya

lo sabían los taínos. Ya lo sabía el bohique. Llegaba el tiempo en que Juracán mandaba lluvias torrenciales, inundaciones y la destrucción a los bohíos y las cosechas.

El bohique ayunaba más frecuentemente, orando y aspirando polvo de tabaco por la nariz para aplacar a Juracán. Pero éste, insaciable, atacaba cada vez con más fuerza. No siempre Yucajú oía las súplicas y sacrificios del bohique, su profeta.

¡Quién puede contra Juracán! Nadie. Sólo Yucajú y las jupías de los valientes antepasados auyentaban las negras nubes. Sólo ellos podían aminorar los fuertes huracanes que hacían caer el guanábano, desbordaba los ríos y arrancaba las plantas y los nísperos de los árboles.

LAS MABOYAS

¡Guay! que las maboyas, los espíritus malos, se van, como las jupías, al Coabey, el lugar de los muertos. Pero no lo hacen hoy, por que son malignas de verdad y están poseídas de las fuerzas de Juracán.

¡Guay!, hay que tener cuidado con las maboyas, pues son muy traviesas y causan irreparables daños.

Así fue todo eso. Solían hacer maldades y echar mucho ají en las comidas de los indios taínos, tirar piedras sobre los bohíos y romper las canoas en medio del río o del mar. Acostumbraban también esconder las pelotas con que los taínos jugaban en el batey y amarraban con bejucos los rabos de las jutías, los cariñosos y juguetones perritos mudos. Casi son incontenibles las jugarretas de las molestosas maboyas.

Pero no siempre Son juguetonas. A veces se tornan malignas. Como cuando se roban los utensilios y provisiones que se ofrecen a los difuntos cuando se van al camino de la eternidad. Fueron muchas las almas que tuvieron que irse en el viaje con las manos vacías.

Otras veces se emborrachaban estas malditas maboyas y comenzaban a destruir los bohíos lanzando macanas y palos de tabonuco. Y sobre todo, como Juracán su maestro,

eran engañosas. ¡Guay!, hay que tener precaución con estos espíritus, pues cuando salen por la noche son peligrosos.

Las maboyas hasta llegaban a incitar a algunas mujeres para que fueran malas con sus esposos. Y cuando no, inducían a hombres para que acometieran contra el cuerpo de algún pariente. No obstante, el infractor siempre recibía su castigo. Merecidamente su pena le llegaba, tarde o temprano, por alguna mordida de guaba. En fin, fallecer de mala muerte era el castigo que esperaban los taínos para quienes cometían esos delitos. ¡Es justo, puesto que así lo ha mandado Yucajú, el supremo!

Esta es la vida de las maboyas: causar daño a las labranzas y enfermedades en los hombres.

Estos malos espíritus eran sacados de los cuerpos enfermos por los bohíques. Y para ello usaban los masajes en todo el cuerpo, la música de maracas y el ayuno y la oración a los dioses protectores.

Frente al enfermo, el médico cantaba y sonando las maracas, daba brincos y ponía amuletos de cemíes tutelares sobre el cuerpo moribundo, pronunciando palabras mágicas que le aconsejaban los dioses.

Ya por la noche el enfermo se había recuperado y, sentado en una dujo, le daban de comer casabe y frutas.

Pero si por mala suerte la salud no llegaba y el enfermo empeoraba, algunas veces el brujo recibía de la familia una tremenda golpiza, de la cual casi siempre salía muerto o con el cuerpo mutilado.

Es de pensar que cuando esto último sucedía las maboyas se echaban a reír a carcajadas.

Todavía, por las noches, se oyen las risas de las maboyas después de haber cometido alguna de sus fechorías.

III

HOMBRES Y DIOSES

LOCUO

Conforme pasaba el tiempo, Yucajú iba formando otros dioses que lo acompañarían en la dura tarea de proteger al hombre.

Turey era el dios del cielo a quien Yucajú había despertado de su sueño profundo; Boinael del sol; Maroya de la luna y Ku de la tierra.

Yucajú es grande. Yucajú es generoso. Yucajú es celestial. Es taíno. El es la quebrada de agua dulce que nos sacia. Y también es el valle y la montaña de oro.

El dios protector dijo a Locuo: “Ve y toma dos pedazos del árbol que se llama yagrumo y frótalos para que tengas fuego con que alumbrar y cocinar tus viandas”.

Locuo le contestó que así lo haría. Se fue al bosque, cortó dos palitos de yagrumo y frotándolos rápidamente uno con el otro, sintió que se calentaban. Grande fue su asombro cuando vio la chispa y después la llama que encendió los maderos. “Gran dios Yucajú, morador del cielo, gracias por darme esta cosa que me quemaba al principio y que ahora me ayuda a comer sabroso”, dijo Locuo frente al cemí, la imagen que le había tallado a su dios. Y le puso frutas, agua, y viandas en abundancia para que el ídolo comiera y no fuera a enojarse.

Y un día, estando Locuo paseándose por una montaña mirando el bello paisaje de la madrugada que estaba frente a sus escrutadores ojos,

Yucajú habló con él desde el cielo, diciéndole:

—Oye bien, mi siervo, lo que te voy a decir.

—Dime, Yucajú, dios de las alturas, que lo que tú pidas yo haré — contestó Locuo.

—Tú, por ser el primer hombre sobre la tierra, eres además el primer profeta y médico de la tierra. Y como te hago bohique te revelo mis secretos. —Habló Yucajú con voz dulce. Y prosiguió diciendo—: Rallarás bien la yuca en un guayo, exprimiéndola luego, y echando la masa en un burén de barro, la esparcirás hasta que quede como una torta. Pondrás el burén al fuego hasta que quede tostada la masa y te sepa deliciosa para comerla. Entonces llamarás casabe a la torta y será tu pan cotidiano.

Locuo corrió contento cuesta abajo e hizo lo que su dios le había mandado hacer. Esa noche Locuo comió la agradable torta de yuca. Y agradecido, el primer hombre sobre la tierra, le puso por nombre a su dios, Yucajú Bagua Maorocotli, esto es, yuca grande y poderosa como la mar y la montaña.

¡Bueno era Yucajú, el dios supremo de los taínos, con el primer hombre Locuo!

Pero llegó un momento en que Locuo se encontró caminando solo por los hermosos parajes de la tierra. Se había pintado el cuerpo con las bellas tonalidades de colores del achiote. Era soberbiamente bello como el árbol de guamá. Su cuerpo brillaba como las hojas del caimito. Pero estaba solo.

No bien pasaron varios días cuando Locuo, embriagado por la naturaleza, en un momento de inspiración, se abrió el ombligo, saliendo dos criaturas que también eran hermosas como él. Y le llamó al hombre Guaguayona y a la mujer Yaya: ¡Qué majestuosos seres había creado Locuo! Los cuerpos de Guaguayona y Yaya se bañaban de luna por las noches y, enamorados, recorrían las veredas de los montes. Solían ir frecuentemente al monte donde Yucajú acostumbraba morar y Yucajú los miraba sin ser visto. Y ellos ponían frente al cemí de su dios los mameyes, guayabas, hicacos y jobos que cogían de los árboles.

Y Locuo se sintió contento por que ahora tenía quien le acompañara.

GUAGUYONA

Aquí empieza la historia de las generaciones que surgieron del primer hombre y cómo poblaban la tierra de las antillas.

Aquí contaré cómo al tiempo Yaya fue iluminada por Guaguyona y ambos se sintieron contentos por que tendrían un hijo.

Grande fue el regocijo de los padres. Grande fue la alegría que llegó al corazón de Guaguyona al saber que sería el padre de una bella criatura que los acompañaría por los ámbitos de la montaña de Yucajú.

Y pasó el tiempo y Yaya tuvo un hijo, Yayael.

Y desde pequeño Guaguyona lo paseaba por la montaña de Yucajú, adorando juntos al morador del cielo, del turey azul y límpido. Yayael también estaba contento porque su padre le enseñaba cómo hacer las flechas y los arcos, cómo cazar en los bosques y cómo hacer las trampas para atrapar los animales.

Pero un día el odio llegó al corazón de Yayael. Sentía en su interior un coraje inexplicable contra el padre. Quizá una envidia por la fuerza de Guaguyona o quizá por no haber sido el primer hombre en haber sido creado.

Yayael quería darle muerte a su padre. Y así, una noche cuando Guaguyona dormía en su hamaca de maguey junto a Yaya; una noche en que los coquíes deliraban cantando; Yayael se acercó sigiloso con una macana en la mano.

Guaguyona se despertó a tiempo para ver el rostro desesperado de su hijo, y encolerizado lo arrojó del bohío diciéndole que no volviera jamás.

Yaya intentó por todos los medios de que su esposo perdonara a su hijo. Pero todo fue en vano. Yayael se iría del bohío y de las tierras que lo rodeaban. Había cometido una reprochable acción contra su padre y ésta tenía que ser castigada. Yayael no podía quedar impune. Por la madrugada, cuando Boinael salió de su cueva, Yayael se fue bosque adentro hacia otras tierras donde vivir. Ya no tenía a su madre que lo defendiera. Ni tenía a su padre

que le enseñara las artes de la caza y de hacer trampas. Ahora estaba solo en el mundo como lo había estado Locuo en el principio.

El techo del tiempo había servido de casa al triste Yayael. Ya estaba purgando su pecado. Se sentía con fuerzas suficientes para pedirle perdón al padre. Estaba seguro de que Guaguyona lo dejaría vivir nuevamente junto a su madre.

Decidido, recogió sus cosas, para retornar al hogar ofendido por culpa de su envidia. Su corazón ahora estaba sano. Ya podría convivir con sus padres. Así al menos lo creía Yayael.

Pasadas tres lunas llegó a su casa. Guaguyona arreglaba las lanzas. Había cazado mucho durante aquellos días. Ahora descansaba en su dujo de madera.

Yaya estaba haciendo casabe. El conuco había dado buena cosecha. Yaya cantaba el areito de la creación: ¡Yucajú, creador de la yuca! ¡Tú señor, eres el padre de Locuo! Yucajú, poderoso señor, tu nos has dado esta hermosa tierra fértil para que cultivemos buena yuca! Yayael también se acercó a Guaguyona que tenía una lanza en sus manos.

El padre, que estaba de espaldas, se viró bruscamente, al ver a su hijo. Sus ojos se llenaron de odio. Y certeramente, ante el semblante aterrorizado de su esposa, atravesó a Yayael de costado a costado con la lanza larga y aguda.

“¿Qué has hecho con nuestro hijo, Guaguyona, qué has hecho? ¡Yucajú perdónalo, Yucajú!”, decía Yaya acongojada.

La noche se venía encima. El cadáver de Yayael estaba todavía en el suelo. Yaya rodeaba el cuerpo, por momentos, con sus bellos brazos. Los rayos de la diosa Maroya acariciaban los cabellos negros y luengos de Yayael. “Maroya, diosa de la noche, cuídame a mi hijo”, decía la madre angustiada, mientras dentro del bohío Guaguyona derramaba sus lágrimas sin que nadie lo viera.

A la mañana siguiente Guaguyona y su esposa enterraron a Yayael. El día estaba nublado. Grandes nubes poblaban el cielo. Lo enterraron bajo una lluvia abundante que caía por instantes. Los esposos lloraban copiosamente confun-

diéndose las lágrimas con las gotas de agua que caían sobre la tierra que cubría a su hijo.

Y a los pocos meses a Guaguyona se le ocurrió que debían guardar los huesos de su hijo en una higüera que colgarían del bohío. Y así lo hicieron.

Los esposos no se miraban tan frecuentemente a las caras. Guaguyona reconocía que había hecho mal pero no se atrevía decírselo a Yaya. Aunque ella comprendía sus sentimientos.

Y cierto día en que Guaguyona regresó cansado del conuco donde estaba sembrando yuca, Yaya lo recibió tiernamente. Se sentaron en los dujos de madera mientras tomaban agua en unas higüeras.

Guaguyona, con el semblante penoso, se dirigió a su esposa diciéndole: "Yaya, esposa mía, mira dentro de la higüera para ver cómo están los restos de nuestro hijo".

Y Yaya, emocionada por la actitud amorosa de su esposo, se trepó en el dujo y miró dentro de la higüera. "Guaguyona, esposo mío — dijo asombrada—, los huesos se han transformado en hermosos peces.

Mira que bellos pececitos. ¡Guaguyona, mira dentro!".

Maravillosa fue la sorpresa. Cientos de pececitos nadaban en el recipiente. Nunca habían visto cosa igual.

De aquel modo fueron creados los peces por Yucajú. Una nueva alegría llegaba a los corazones de los pobres esposos que tan trágicamente perdieron a su hijo.

Desde aquel día Guaguyona iba todas las tardes, cuando regresaba del conuco, a ver los peces de colores. Y los quería como si fuesen sus hijos.

DIMIBAN CARACARACOL

Itiva Tahuvava era una mujer a quien se le había dado el privilegio de tener cuádruples. Itiva se hendió la barriga para dar a luz a las cuatro criaturas, causándose la muerte.

Los hijos de Itiva Tahuvava no eran muy buenos que digamos, puesto que eran muy traviesos. Se pasaban el tiempo jugando a la pelota.

Cuando no, se subían a los árboles

a coger múcaros por la noche o papagayos por el día. También solían esconderse para asustar a la gente que pasaba por los caminos, o se subían a las jutías que encontraban en el campo.

Estos hermanos, cuyo cabecilla era Dimibán Caracaracol, oyeron cierto día que Guaguayona tenía en su bohío una higüera llena de unos animalitos que nadaban graciosamente. Y pensando que aquellos peces podían comerse, salieron una mañana hacia la casa de Guaguayona,

Ya se acercaban por el camino cuando vieron a Yaya que salía de su bohío. Y escondiéndose detrás de unos arbustos de maguey, lo más ocultos que podían, dejaron pasar a Yaya, que iba hacia el sembrado a llevar unas viandas cocidas a su esposo, Guaguayona.

Dimibán y sus hermanos entraron sigilosamente al bohío y buscaron la higüera que contenía los animalitos. Se subieron a un dujo y, mirando, los cuatro al mismo tiempo, dentro de la higüera, se echaron a reír al ver nadar los pececillos de colores.

Solo quedaba probar si se podían comer. Así, que entre los cuatro, bajaron la higüera del madero donde colgaba y empezaron a meter sus manos, cuando de improviso oyeron unos ruidos y después vieron una silueta que se acercaba. Era Yaya que volvía del conuco.

“¡Qué hacen aquí!”, gritó Yaya asustada, al verlos con la higüera entre las manos. Y ellos, atemorizados, dejaron caer la higüera que se rompió, dispersándose el agua y los peces por el suelo.

Todos corrieron al ver el agua que se extendía cada vez más. Nadie podía detenerla. Poco a poco se iban formando mares, lagos y ríos largos, de anchos cauces. El arroyo corría entre los montes, y la cascada sonaba sobre las rocas.

Pero sobre todo el mar, que llenaba los límites de la tierra.

BASAMANACO

Así que, Demibán, el más inteligente de los cuádruples, corrió velozmente con sus hermanos, huyendo de Yaya y Guaguayona que los perseguían por el bosque.

Y llegando a un bohío que estaba entre los árboles, vieron a un anciano mudo que venía caminando. Acercándose a él, Dimibán dijo a sus hermanos: “Achicavo Guarrocoel”, que quería decir “conozcamos al abuelo”. Allegóse entonces Dimibán al anciano diciéndole: “Dános casabe, abuelo, que tenemos hambre por lo mucho que hemos andado por el bosque”.

El anciano, como era mudo, no contestó, pero los dejó entrar a su bohío. De súbito, el anciano, irritado, tomó de la mesita en que estaba su cemí protector, el saco con polvo de tabaco; enfurecido, apretó fuertemente la nariz del muchacho, asestándole un tremendo golpe en la espalda. Dimibán cayó el suelo, adolorido, gritando y tratando de alcanzarse la espalda para aliviarse el dolor.

Sus hermanos se condolían sin poder hacer nada por él, que se retorció y revolcaba por el suelo como una culebra herida.

El golpe propinado por Basamanaco, al anciano, a Dimibán, con la cojoba de la ceremonia del cemí, era tan fuerte que se le formó al poco rato un gran tumor en la espalda. Y los hermanos viendo que le dolía en gran manera, se compadecían más de él. Y querían mitigar el mal del pobre hermano.

Basamanaco, arrepentido, le trajo a los hermanos un hacha de piedra y éstos, sin temor alguno, le dieron a Dimibán un golpe en la espalda que le reventó el tumor.

De la masa de carne y sangre salió una enorme jicotea viva. La tomaron en sus manos y la llevaron al mar, donde se reprodujo como los peces, y vivió más años que los hombres.

LOS MIROBALANOS

Yucajú le prohibió a Guaguyona que saliera de la cueva donde lo había encerrado junto a sus parientes y familias de su tribu.

Si el sol sorprendía a cualquiera de ellos afuera, sus rayos transformarían al infractor. Solo con permiso de Yucajú se podía salir a pescar o a cazar, pero durante la noche.

A pesar de las advertencias de Yucajú y las medidas tomadas por Guaguayona, un grupo de hombres salió a pescar una noche, y los sorprendió el alba. Los rayos comenzaban a desperezarse en la cueva en que dormían. Los coquíes se aprestaban a acostarse. El múcaro también cerró los ojos. El día llegaba y el verde resplandecía. Se hizo tarde, muy tarde para los hombres. Y por más que se apresuraban por llegar a la cueva, por el camino se iban convirtiendo en árboles de jobo.¹ Transformados en bellos árboles que hablaban, ahora se llamaban los Mirobalanos.

Aún hoy, cuando se camina por el campo, los Mirobalanos suelen hablar a los caminantes.

No sólo hablan los árboles de jobo, también hablan los de la guanábana, el níspero y el anón.

Cuando alguien se acercaba a los Mirobalanos, éstos rogaban que se les trajera un bohíque, que los transformara en cemíes.

Eran muy orgullosos los Mirobalanos, y deseaban que su madera se convirtiera en ídolos y que los indios pusieran casabe y viandas, frente a ellos, en un altar.

Y así lo hacían los bohíques. Y los cemíes se sentían contentos.

De manera que los árboles comenzaron a hablar con los hombres.

Luego, así fue cómo los Mirobalanos se convirtieron en cemíes tutelares, rogando al bohíque: “Hazme cemí”. Y aquel los convertía en dioses para mantenerlos contentos y no se fueran a enojar.

YADRUVABA

He aquí que Guaguayona tuvo un hermoso hijo a quien quería mucho. Y en cierta ocasión como necesitaba jabón para que se bañara la gente de la cueva, le pidió el padre a su hijo que saliera a buscar la yerba ‘digo’, de donde sacaban sustancia jabonosa, para bañarse. Dijo Guaguayona: ‘No nos podremos lavar sin la yerba ‘digo’, así que ve a buscarla

hasta que la encuentres y la traes antes que salga el sol”. Y su hijo, obedeciendo a su padre, salió contento a buscar dicha yerba.

Las estrellas parpadeaban. Las aguas bajaban por la cañada. Las higuacas se paseaban par entre la hojarasca del bosque. Los ruidos de la noche penetraban los oídos sensibles de Yadruvaba. Podía oír a grandes distancias sin dificultad alguna; estaba acostumbrado desde pequeño. Su padre le enseñó a seguir las huellas de los animales entre la espesa vegetación. Yadruvaba conocía cada palmo de los valles y las montañas.

He aquí pues, que Yadruvaba estuvo caminando durante muchas horas en busca de la yerba “digo”. La noche ya estaba demasiado oscura y no podía ver bien. Cada vez se alejaba más del punto de partida.

Al fin encontró la yerba y regocijado las recortó con su hacha de piedra, acomodándolas en un saco de maguey que llevaba al hombro. Con el saco a cuestas emprendió el regreso a la cueva.

Pero no pudo encontrar el camino y se perdió en la espesura del bosque.

El sol comenzaba a apuntar en el horizonte.

Guaguayona estaba ansioso. Todos estaban preocupados esperando el regreso de Yadruvaba. La abuela oraba ante el cemí Yucájú.

El sol ya se perfilaba entre las montañas, La luna se había acostado en su cueva.

Y llegó el amanecer.

De pronto, muy cerca de la cueva de Guaguayona se oyó el canto de un ave desconocida. El trino se oía cada vez más cerca: nacía el ruiseñor.

Todos lloraron al presentir la suerte del amado hijo de Guaguayona.

De esta manera Yadruvaba se había convertido en un ave cantora.

Dejó de ser niño para convertirse en un hermoso pájaro que revoloteaba por los bosques entonando canciones con su garganta de hilos de maguey.

LAS MUJERES DE MATININO

He aquí, pues, que Guaguayona estaba afligido. Pero el dolor se tornó en rabia y deseos de venganza por lo ocurrido a su hijo, pese a que le agradaba el canto del ruiseñor.

Molesto, decidió llamar a su cuñado, el Cacique Anacacuya, diciéndole que trajera consigo todas las mujeres de la cueva porque iban a hacer una larga travesía.

Y saliendo de la cueva, le informo a Marocael, su amigo, que se hiciera cargo de los hombres y los vigilase hasta que él volviera del viaje.

Luego, pues, las mujeres tomaron todas sus pertenencias y siguieron a Guaguayona y a Anacacuya

Después de caminar un largo trecho llegaron a un río profundo. Tenían que pasarlo en canoa. Y echaron al agua la gran canoa que habían traído sobre las espaldas. “Dejaremos a los niños en la orilla hasta que regresemos del viaje”, dijo Guaguayona. Y las mujeres sentaron a los niños entre unas piedras retiradas del agua.

Los objetos raros de la ribera y el grito de los grillos y los coquís le daban un aire misterioso a la montaña.

Guaguayona había pasado a las mujeres. El cacique Anacacuya, esperaba impaciente que lo llevaran en la canoa. El anciano cacique subió a la fuerte embarcación, que se movía lentamente hacia la orilla opuesta.

Estaban a mitad de río. Anacacuya observaba los parajes, las flores y las mujeres que estaban al otro lado.

Entonces Guaguayona le dijo a su cuñado, señalando para el río:

“¡Mira, Anacacuya, que cobo más hermoso está en el agua”. Y Anacacuya miró inocentemente las aguas sin ver el hermoso cobo.

De pronto, Guaguayona lo tomó por las piernas y lo arrojó al río, hasta que su cuerpo llegó al lecho de fango y arena.

De manera que Guaguayona, dueño de las mujeres, las llevo a una isla deshabitada llamada Matinino. En venganza las dejó abandonadas a merced de la intemperie y el hambre.

Aquellas mujeres, con el tiempo, se hicieron fuertes y robustas como amazonas, y cada año capturaban hombres caribes que venían en canoas. Y cuando las mujeres tenían hijas se quedaban con ellas en la isla, pero cuando eran varones los regalaban a los hombres que regresaban al año Siguiente.

Así vivieron las mujeres durante muchos años, creando un paraíso en la isla de Matinino, aguardando los designios de hi naturaleza del mar extraño y amigo.

GUABONITO Y GUAGUYONA

Y ahora referiremos lo que le aconteció a Guaguayona luego de haber dejado a las mujeres abandonadas y de haberles quitado cuanto poseían: los medallones de oro con que se adornaban.

Guaguayona regresaba a la cueva donde estaban encerrados los hombres que custodiaba el amigo Marocael, cuando recordó que una de Las mujeres se había quedado abandonada a orillas del río.

Preocupado, decidió volver a buscarla. La noche avanzaba.

Guaguayona se deslizó en su canoa remando con la mayor rapidez posible y encontró a la mujer en el preciso lugar donde la había dejado. Como era tarde decidieron dormir hasta que amaneciera, cuando vieran mejor y fuese menos peligroso el viaje.

Al otro día Guaguayona sintió un fuerte escozor en todo el cuerpo.

Impedido el regreso a la cueva, buscaron por los alrededores a alguien que quisiera curarlo de su terrible dolor.

Trajeron medicinas y yerbas, pero era Imposible curarlo. Siguieron aplicándole resinas de todas las especies, y su dolencia no se curaba.

Guaguayona estaba muy triste par su padecimiento. Caminando como pudo se adentró en el bosque escondiéndose de la gente. Allí nadie vería los efectos de su enfermedad. Nadie notaria las llagas que cubrían su cuerpo. Así, pasaba el tiempo escuchando solo los trinos del ruiseñor por la mañana y los cantos del caqui durante la noche.

Un día, estando acostado sobre su cama de hierbas dentro del pequeño bohío que se había construido, se le acercó una sombra. Era Guabonito, una mujer que vivía en aquellos contornos. Esta se aproximó preguntándole: “¿Qué te pasa, buen hombre?” Y Guaguayona le contestó: “Estoy enfermo, mujer. Mira la enfermedad que cubre mi cuerpo”.

Guabonito, aproximándose, se inclinó para mirarlo mejor diciendo: “Yo te curare, buen hombre. %Espera a que traiga las yerbas que te sanarán”. Y rápidamente corrió a su casa a buscar la medicina.

Al rato llegó, aplicándole los polvos medicinales. Guaguayona se sintió aliviado por el bálsamo y fue sanando poco a poco, día a día con el almidón de yuca.

Ya podía cantar y sacar notas desconocidas a su guamo, aquella flauta de caracol que le habla regalado su padre.

Decidido a volver, la despedida se le hacia difícil a Guaguayona. Pero su gente lo esperaba. Y al llegar el día llamó a Guabonito suavemente diciéndole que regresaba a su tierra.

Guabonito aceptó su partida pero con mucha tristeza. En agradecimiento, Guaguayona le regaló muchos collares, guanines y piedras de mármol para que hiciera brazaletes. También le regaló su guamo, su sonora flauta que lo había acompañado durante tantos momentos de su vida. Se la regalo para que al tocarla en los atardeceres se acordara de él.

Guabonito le cambió el nombre a Biberoci Guahayona, para que la recordara también cuando se tiñera de achiote el horizonte.

Era la última tarde en que estarían juntos. Estaban muy tristes los dos. Desde la última montaña Guaguayona le dijo adiós con la mano, emprendiendo contento el regreso a su cueva.

Guabonito lo llamó desde lejos con su guamo. El sol luminaba su cabello.

Luego de haber dejado a Guabonito, Guaguayona oyó unas voces que venían del río. Se detuvo un instante para reconocer los gritos. Siguió caminando.

Las voces seguían llamando y esta vez pudo reconocerlas. Eran los niños que hablan dejado olvidados a orillas del río.

“¡TOO, TOO, TOO!” , decían las voces. Eran los niños que, hambrientos se hablan convertido en ranas.

“¡TOO, TOO, TOO!” , croaban las ranas, mas Guaguayona estaba triste porque ya no podía remediarlo.

MAROCAEL

Marocael era el mejor amigo de Guaguayona y tal como éste se lo había indicado, cuidaba celosamente a los hombres. Pero cierto día se descuidó, se durmió a la entrada de la cueva, y el sol lo convirtió en una gran piedra como castigo. Desde entonces, Marocael, vigilaba frente a la cueva, en forma de piedra.

Aprovechándose de esto algunos hombres salieron a buscar las mujeres que Guaguayona había robado.

Las horas pasaban y no las encontraban, y decidiendo que sería mejor irse a pescar a la playa, tiraron las tarrayas sacando muchos peces que asaron luego en un fuego que prendieron entre unas piedras.

Al rato, cuando se preparaban para volver a la cueva, mientras miraban hacia unos árboles, vieron ciertos seres raros que descendían juguetonamente, parecían mujeres, y se acercaron para cerciorarse y tratar de apresarlas. No podían cogerlas porque eran escurridizas y resbalaban entre sus manos como el jabón de la yerba digo.

Mientras volvían a la cueva planearon el modo de capturarlas. Frente al fuego de la caverna se reunieron todos para conocer las diversas opiniones.

Al día siguiente se fueron al bosque en busca de unos hombres que tenían las manos ásperas y leprosas y podían agarrar mejor.

Poco a poco los hombres se fueron aproximando para apresar los seres que parecían mujeres.

En seguida las examinaron y vieron que en realidad no lo eran.

Volvieron a reunirse por la noche ante la fogata de la cueva. Buscarían a un pájaro carpintero para que hiciera una operación a las extrañas criaturas.

A la mañana siguiente amarraron fuertemente con bejucos a los seres raros poniendo sobre ellos a los pájaros carpinteros, que las picaron con sus finos picos y los transformaron en bellas mujeres.

De este modo los hombres tuvieron mujeres para casarse y tener hijos. De estas hermosas criaturas saldrían las generaciones de hombres que poblarían las Antillas.

Cuando Guaguyona volvió a la cueva, la encontró vacía. Ya los hombres podían vivir fuera.

Ya los rayos del sol no los transformaban ni en árboles, ni en piedras, ni en animales.

De esta manera se agrandaron los yucayeques de hombres y mujeres buenos que jugaban con jupías y se trepaban a los árboles a divertirse con las cotorras, a las cuales enseñaban a hablar.

IV

EL OCASO

La yuca no crecía muy buena en el yucayeque. El cemí Vaibrama no escuchaba a los hombres del poblado. Le pedían ayuda con ayunos y areitos, pero el cemí Vaibrama permanecía indiferente.

La yuca sembrada perdía su fuerza. Las enfermedades dañaban la yuca.

Y el cemí Vaibrama continuaba mudo.

El casabe no era tan bueno. El pan cotidiano salía muy negro, dañado por los gusanos. Sabía mal el casabe.

Y el cemí Vaibrama seguía quieto.

Cierto día en que los hombres cultivaban el conuco con la coa en la mano, les luego desde lejos un fuerte olor a quemado.

Los enemigos caribes habían saqueado la aldea, incendiando los bohíos del pueblo.

Los hombres esperaron a que se marcharan, buscaron entre los escombros a ver si encontraban al cemí Vaibrama.

Estaba quemado el cemí Vaibrama.

Lo lavaron con agua de yuca. Quedó reluciente. Le habían nacido los ojos y los brazos que había perdido.

El cemí Vaibrama ya estaba nuevo.

Y desde entonces la yuca, que era muy pequeña, creció muy grande, fuerte y poderosa.

“Hagamos areito”, dijeron los hombres, “por el cemí Vaibrama que ha sido tan bueno”.

LA CEMÍ GUABANCEX

He aquí que Guabancex era una diosa muy fea que tenía como ayudantes a los cemíes Coatrisquie y Guatauba. Estos recibían sus órdenes y formaban las nubes, el viento y la lluvia.

Guabancex era una mujer muy caprichosa y extraña. Solía recoger las aguas del cielo cuando se le antojaba. Era voluntariosa y voluble y se irritaba sin razón.

Cuando estaba de buen humor, permitía que Guatauba gobernara las aguas y que Coatrisquie *rigiera* las nubes, el viento y el rayo.

Cuando se le antojaba estar furiosa, llamaba a su conserje, el cacique, y éste a su vez despertaba a Juracán, para que arrojara un diluvio de agua y viento sobre los poblados, sembrando la destrucción, aun cuando estuviera contra los deseos del cacique.

Pero Guabancex casi nunca tuvo que consultar con su esposo el cacique, puesto que Juracán tomaba sus propias decisiones. Comprendía que solo era el dios de las tempestades, de los vientos y de las aguas. Aunque esto no implicaba que de vez en cuando también Guabancex tuviera estos poderes que Juracán le concedía.

EL CEMÍ COROCOTE

Corocote era de algodón muy fino, diferente a los demás cemíes tutelares de los indios taínos. Estaba muy orgulloso porque protegía al cacique Guamorete y era el tutelar de los niños que nacían con la cabeza deforme.

Corocote era muy antojadizo. A veces solía irse del oratorio donde estaba atado fugándose a vagabundear con las mujeres del yucayeque con quienes tenía hijos que él protegía. Por eso las mujeres querían mucho a Corocote y lo llevaban a jugar y a comer frutas del campo.

La última vez que salió a corretear tuvo que hacerlo por encima de las llamas que consumían el caney de Guamorete.

El pobre cacique Guamorete tuvo que comenzar a construir una nueva casa. Y mientras lo hacía, Corocote apareció de pronto, sentado sobre el techo de paja, riéndose y tocando una maruga.

Según cuentan las historias, hombres extraños, enemigos del poblado, quemaron el caney del desconsolado Guamorete, teniendo Corocote que alejarse solo y triste a las montañas. Allá lo encontró Guatabanex, otro cacique, que lo llevó a su casa.

Ahora Corocote sigue haciendo de las suyas con las mujeres del yucayeque de Guatabanex.

ATARIBA Y NIGUAYONA

La niña A'tariba de largos cabellos negros, de ojos como conchas marinas, estaba enfermita.

Nadie, ni los bohiques, podían curarla. Ni el mismo cemí del poblado podía sanarla.

El cemí callaba. El 'cacique callaba. El bohique cantaba el areito de la creación.

Antes caminaba alegre y contenta por las orillas del río y jugaba con las cotorras y con las judías.

El niño Niguayona iba por las tardes a jugar con ella. Ahora va triste tocando su guamo melancólicamente, evocando los días cuando Atariba con su pelo de maguey, paseaba por los valles frescos.

Niguayona recuerda cuando le regaló el collar de conchas y piedras verdes. Contentos se iban al monte de Yucajú a recoger flores silvestres.

Una mañana, mientras Niguayona pensaba en cómo sanar a la niña Atariba, se posó en su hombro un papagayo verdoso y de oro, que le dijo: "Yendo hacia la cueva de los cemíes hallarás la fruta que se llama caimoní. La aplicarás a Atariba y sanará". Y volando, se internó en el bosque.

El valiente Niguayona se fue hacia el yucayeque corriendo más veloz que las judías.

Los hermanos despidieron a Niguayona; el cacique y el bohique oraban.

Decidido, Niguayona, penetró en el bosque. El coquí cantaba. El múcaro hablaba en voz alta.

La oscuridad avanzaba. Niguayona abrió su saquito y sacó la torta de casabe que su madre le había preparado. Miró el cemí tutelar que tenía colgando del pecho y le suplicó valor. “Yucajú, morador del cielo, haz que pueda encontrar pronto el caimoní”.

Al día siguiente, mientras caminaba, encontró entre la hojarasca una preciosa anona. Era una fruta hermosa pero no se la comió. La guardó en su saco, para, en caso de no encontrar el caimoní, aplicarla a Atariba.

Entraba a la selva echando a los lados los arbustos que hendían sus carnes. Era el tercer día y estaba cansado, muy cansado. A Niguayona le dio mucha hambre.

De pronto, frente a él, vio un río muy grande que partía la tierra. Reposo un rato, pensando en la niña Atariba, en su sufrimiento.

Secándose las lágrimas, Niguayona vio una luz que brillaba. Era la anona que hablando le dijo: “Yo te alumbraré el sendero desde el firmamento”.

Situada en lo alto la anona alumbraba la selva. La anona estaba cada vez más alta y se iba tornando en un majestuoso cometa.

Niguayona se puso alegre y no un instante.

Iba a cruzar el río pero este le habló. “Sube en mi lomo”, le dijo. El niño subió y como una canoa más veloz que el viento surcaron las aguas. Siempre en el cielo la anona alumbraba.

La orilla próxima estaba cercana. No bien hubo llegado, Niguayona corrió hacia los árboles, a buscar el caimoní rojizo que estaba en un árbol frondoso.

Tomó la fruta y corrió con ella hasta llagar al río caudaloso, pensando en la niña de cabellos negros y labios como la pulpa de la guayaba. Se subió en el lomo del agua sonriente y ambos avanzaron presurosos, llegando al poblado.

Todos le’ esperaban haciendo el ayuno. Suplicándole a Yucajú por la vuelta del valiente niño. “Niguayona, avanza”, gritaba la gente. “Mira que Atariba se muere”~.

Llegando al yucayeque, Niguayona se acercó a Atariba, aplicándole la fruta en los labios que ardían de fiebre.

Volvió a la vida la niña Atariba, Todos rieron. Hubo una fiesta y cantos al supremo. El caimoní *tenía* sangre de los dioses.

Y al pasar los años Niguayona se hizo un gran hombre, justo y poderoso. Todos lo recuerdan en los areitos. Y sus hijos fuertes y su bella esposa, juegan en el batey de Caguana al juego de pelota.

(Recreación del original de Juan Bosch)

EL CEMÍ OPIYELGUOVIRAN

Opiyelguoviran tenía los pies de perro. Era ágil y veloz. Ningún cemí le ganaba corriendo. Ni a escaparse, puesto que lo mismo se salía de un saco, coma se desataba los bejucos con que le amarraban las patas, Nadie podía con Opiyelguoviran.

Había que *ver* cuando menos se esperaba, cómo Opiyelguoviran se salía del oratorio en que estaba atado y, todos, detrás de él, no podían dale alcance. Era escurridizo como el manatí.

Cuando lograban agarrarlo entre los árboles o perdido en las montañas, la gente del pueblo lo subían en hombros y hacían una procesión hasta el templo. Allí lo amarraban nuevamente y le suplicaban que no volviera a escaparse.

Pero de nada servían los bejucos más fuertes. Enojado, siempre volvía a escaparse, yéndose a vagabundear por el poblado a jugar con las jutías, los perros mudos del campo.

Un día se escapo. Nadie lo echo de menos hasta el amanecer. Lo buscaron por todas partes, hasta en el monte de Yucajú, pero no pudieron hallarlo.

Lo buscaron día y noche. Y los hombres, cansados, ya no encontraban qué hacer. Llegaron a un lago muy hermoso. No quedaba otro lugar por buscar.

Y miranda en el media del lago vieron cómo el cemí con patas de perro se sumergía en las aguas.

Varios hombres se arrojaron a la laguna. Pero todo fue en vano. Jamás supieron de Opiyelguoviran. Era la última vez que se escapaba. Los hombres del yucayeque esperaron por años su retorno de las aguas.

EL CEMÍ FARAGUVAOL

Contaremos ahora cómo los hombres dieron con un animal convertido en madero. Pues, una vez, un animal que era perseguido en una cacería se cayó en una fosa muy honda del bosque. Los hombres se acercaron para ver la excelente pieza que habían atrapado. Enseñarían a todos el éxito de su cacería. Y lentamente se asomaron al borde de la fosa.

Solo un madero se movía en el fondo. Y todos se asombraron en gran manera. Hablaban unos con los otros sobre lo acontecido, mirando fascinados al madero. Y al fin, el cacique dijo: “Traigan el madero y llévenlo al artesano del pueblo para que haga un ídolo”.

Y así lo hicieron; llevaron el madero al tallador que día y noche, usando piedras y conchas marinas, talló un precioso cemí.

Los hombres fueron a casa del artífice y trayendo el cemí lo llevaron al caney del cacique, que le puso por nombre Faraguvaol.

Era muy raro el dichoso cemí, pues no podía resistir estar encerrado. Y por la noche, cuando todos dormían en sus hamacas, salía sigilosamente sin hacer ruido, dirigiéndose a la fosa y acostándose a dormir.

Los hombres lo encontraban y lo traían a la casa como acostumbraban hacer con el cemí Opiyelguoviran, pero todo era en vano. *Era vagabundo por naturaleza.* Y no se volvió a saber más de él, desde que se escapó de un saco de maguey donde lo habían guardado una noche.

¡Pobres y alegres vagabundos Opiyelguoviran y Faraguvaol!

LA CIGUAPA

He aquí la historia de la Ciguapa, que tenía los pies al revés.

Salía de noche cuando todos dormían en sus hamacas. Era una mujer muy bonita y estaba cubierta solo por su larga cabellera negra.

Era triste la Ciguapa. Muy triste, y caminaba por las orillas de los ríos, melancólica, hablando con las piedras y los múcaros.

Acudía a los bohíos por las noches y se comía la carne cruda que encontraba en la cocina. Solía penetrar por las puertas y ventanas abiertas. Después se iba errante a caminar por las cercanías del poblado.

La Ciguapa andaba siempre sola. Sola por los riachuelos y lagos. Dormía en los árboles y salía de noche.

Era hermosa, muy hermosa la Ciguapa, con sus senos erguidos.

Anaó, una cacica de Boriquén prometió un premio al que se casara con la Ciguapa.

Y el macorix Guasiba llegó de tierras lejanas en busca de aquella mujer de la noche.

A la caída del sol salía el enamorado. Todas las noches buscaba por las riberas de los ríos; por las márgenes de los lagos; hasta el amanecer, cuando Guey desparramaba sus rayos. Cansado, se recostaba sobre la hierba mojada de cocío pensando en la Ciguapa. ¡Por dónde andará la bella Ciguapa!

Un día la Ciguapa lo vio cuando pasaba de largo frente a unos arbustos de guayabo. Lo contempló un rato, descubriendo que era hermoso.

Y Guasiba enfermó de amor por la Ciguapa.

Volvió a verlo una noche.

Guasiba estaba tendido sobre la hierba. Los ojos cerrados.

Los coquíes cantaban de amor aquella noche. Y los cucubanos alumbraban los rostros de los enamorados.

La faz de la Ciguapa se iluminó por un instante. Quedó

extasiado su rostro. Ella admiraba el cabello de Guasiba. Esperó que él la mirara.

Y Guasiba abrió los ojos, llamando a su madre: “¡Anaó, Anaó!”.

La Ciguapa comprendió y corrió hasta quedar extenuada. Y al llegar a los límites del río cavó con sus uñas un hoyo profundo en la arena y busco una piedra grande para que la cubriera.

Al día siguiente las aguas estaban amargas por las lágrimas de desconsuelo de la Ciguapa.

Todavía la triste jupía de la Ciguapa recorre las orillas de los ríos y entra a las casas a robar carne cruda.

(Recreación del original de Juan Bosch)

EL CEMÍ YJOCAVUGAMA

Nadie esperaba que hablase como lo hizo. A todos tomó de sorpresa aquel día nebuloso en que amagaba con llover fuertemente.

El cemí Yiocavugama fue consultado por el cacique Cacivaquel, pero el ídolo no hablaba. “¿Estará enojado?”, pensaba.

Y al rato una voz de acento grave y profundo dijo que no podrían gozar más de los placeres de la tierra de Borinquén.

Todos se asombraron. “¿Estará enojado el cemí?”, se preguntaban. Y volvieron a consultarlo, preguntando esta vez el bohique. La respuesta fue la misma:

“Pronto vendrá gente vestida que los esclavizará y los matará”, dijo el cemí.

Preocupados, avisaron a otros yucayeques. “Celebraremos areito dentro de dos lunas”, dijo Cacivaquel. Era tiempo de meditación y adoración a los dioses. “Yucajú está de nuestro lado”, contestaban esperanzados.

Pasaron los años y llegaron los conquistadores.

El cemí profeta Yiocavugama ¡decía la verdad!

Así habló el último cemí taíno.

V

AREITO DE YUCAJÚ Y JURACÁN

GUIA Bueno,
alto, grande,
generoso,
nuestro padre
cielo estar.

CORO Bueno,
alto, grande,
generoso,
nuestro padre
cielo estar.

GUJA
Ven a nosotros,
Yucajú, cielo
estar.
Da a nosotros
lluvia, planta,
batata, yuca.

CORO Bueno,
alto, grande,
generoso,
nuestro padre
cielo *estar*.

GUJA
Tiburón grande
mar estar.
Nosotros matar
tiburón grande.
Viejo tiburón,
espíritu malo,
irritado,

purgante.
TEQUINA
Tayno-tí bo-
matúrñ guakía
baba turey toca.

CORO
Tayno-tl bo-
matún guakía
baba turey toca.

TEQUINA
Guarico guakía
Yucajú, turey
toca Busica
guakía para-
yucubia guana,
yuka.

CORO
Tayno-ti bo-
matúin guakía
baba turey toca.

TEQUIMA
Cajaya-bo
bagua-toca.
Cujakia-yncá
cajaya-bo.
Guatucán
cajaya, maboya,
Juracán, sinatü,
tau-túa.

CORO
Viejo tiburón, espíritu
maló, irritado, purgante.

GUJA
Tempestad matar
hombres bravos
Borinquén.

CORO
Tempestad matar
hombres bravos
Borinquén.

GUJA Matar anon,
guanábana, jobo.

CORO Matar anon,
guanábana, jobo.

GUIA
Tempestad irritada matar
labranza, calabaza, yuca,
maíz, jardín de flores.
Lluvia grande, río
poderoso, espíritu malo
irritado, matar hombres
bravos, viejos, mujeres y
roedores. Almas lugar de
muertos, cantan y bailan
en la plaza
[Caguana.

(etcetera)
CORO
Guatucán cajaya,
maboya, Juracán,
sinatú, tau-túa.

TEQUINA
Juracán yucá guaribo
Boriquén.

CORO
Juracán yucá guaribo
Boriquén.

TEQUINA Yucá
anona, guanábana,
jobo.

CORO Yucá anona,
guanábana, jobo.

TEQUINA
Juracán sinatú yucá
conuco, auyama,
yuka, maíz, guadilla-
anaó. Para-ma, bagua,
maboya, Juracán
sinatú, yucá guaribo,
guatucán, guariche,
jutía. Jupía coabey,
areito batey Caguana.

VI

VOCABULARIO

Anaó - flor
Areito - relato cantado y bailado

Bejuco - cuerda o liana
Bohío - casa común
Bohique medico - augur
Burén - horno

Caney - casa del cacique
Carácaracol - leproso
Casabe - pan
Coa - palo usado como arado
Cobo - caracol de mar
Cojoba - polvo de tabaco
Conuco - labranza
Coqui - rana pequeña
Cucubano - cocuyo

Digo - añil

Guabá - araña peluda o tarántula
Guamo - flauta o trompeta de caracol
Guanín - joya de oro
Güay - cuidado
Guey - el so!

Higuaca - papagayo o cotorra
Higüera - fruta del higüero

Jicotea - tortuga
Jutía - roedor
Macana - garrote
Maruga - maraca
Múcaro - búho

Turey - cielo

Yucayeque - poblado

VII

BIBLIOGRAFIA

- Abbad y Lasierra, Fray Iñigo. *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico. San Juan, 1959.
- Alegria, Ricardo E. *Origins and diffusion of the term 'Cacique'* ~ The University of Chicago Press, Chicago, 1952.
- , *Historia de Nuestros Indios*, Departamento de Instrucción, San Juan, P. R., 1950.
- , *El juego de pelota entre los aborígenes antillanos*, México, 1951.
- , *La tradición cultural arcaica antillana* ~ La Habana, 1955.
- , “*La población aborígen antillana y su relación con otras áreas de América*, por Ricardo E. Alegria”, p. 233, Congreso histórico municipal Interamericano, San Juan, 1948.
- Alvarez Conde, José. *Arqueología indo cubana*, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana, 1956.
- Anglería, Pedro Mártir de. *Décadas del nuevo mundo*, Editorial Buenos Aires, 1944.
- Archilla Cabrera, Angel. *Ceremonias neurológicas de los indoantillanos en Puerto Rico*, Topografía Cantero, Fernández, San Juan, P. R., 1920.
- Augborg, Michel. *Haiti Prehistorique*, Impr. de l'Etat, Port-au-Prince, Haiti, 1951.
- Bosch, Juan. *Apuntes Históricos y Leyendas*, La Nación, Santo Domingo, 1935.
- Casas, Fray Bartolomé de las. *Historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.
- Colon, Fernando. *Historia del Almirante*, Editorial Bajel, Buenos Aires, 1945.
- Coll y Toste, Cayetano. *Pre-Historia de Puerto Rico*, Tip. Boletín Mercantil, Puerto Rico, 1889.

- Edwards, Bryan. *An historical survey of the island of Saint Domingo*, Printed for J. Stockdale, London, 1801.
- Fernández Méndez, Eugenio. Editor, *Crónicas de Puerto Rico*, (selección de Fray Ramón Pane), Vol. I, Ediciones del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, San Juan, 1957.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias*, Ediciones Atlas, Madrid, 1959.
- Fewkes, J. Walter. *The aborigines of Puerto Rico and neighboring islands*, U. S. Bureau of American Ethnology, Washington, 1907.
- García Valdés, Pedro. *La Civilización Taína en Pinar del Río*, Imp. El Siglo XX, La Habana, 1930.
- Hostos, Adolfo de. *Anthropomorphic carvings from the Greater Antilles*, Canóvanas, P. R., 1923.
- , *Una colección arqueológica antillana*, San Juan, P. R., 1955.
- Loven, Sven *Origins of the Tainan Culture*, Elanders boktryckeri aktiebolag, Gotebare, 1935.
- Mintz, Sidney Wilfred. *Papers in Caribbean Anthropology*, Yale University, New Haven, 1960.
- Morales Cabrera, Pablo. *Puerto Rico Indígena*, Imprenta Venezuela, San Juan, P. R., 1932.
- Narváez Santos, Eliezer. *La influencia taína en el vocabulario inglés*. (Río Piedras, Universidad de Puerto Rico), 1959.
- Newberry Library, Chicago. *Catalog of the Edward E. Ayer Collection of Americana and American Indians*, G. K. Hall, Boston, 1961.
- Ortiz Fernández, Fernando, *Las cuatro culturas indias de Cuba*, Arellano y Cía., La Habana, 1943.
- Perea, Juan Augusto y Salvador. *Glosario etimológico taíno español, histórico y etnográfico* Tip, Mayagüez Printing, Mayagüez, P. R., 1941.
- Pichardo Moya, Felipe. *Los Aborígenes de las Antillas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- , *Los Indios de Cuba en sus tiempos históricos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1945.
- Rodríguez, Manuel Tomás. *Dos Ternas de la Historia*, Editorial La Idea, Ciudad Trujillo, 1941.
- Stahl, Agustín. *Pictografías indó-borincanas del litoral*, Tip. Boletín Mercantil, San Juan, P. R., s. f.
- , *Los Indios Borinqueños*, Imprenta Acosta, Puerto Rico, 1889.
- Vallé, Pedro del *La Cueva del Indio*, Imprenta Olmo, Manatí, P. R., s. f. —.
- Zayas y Alfonso, Alfredo. *Lexicografía Antillana*, Molina & Cía., La Habana, 1931.